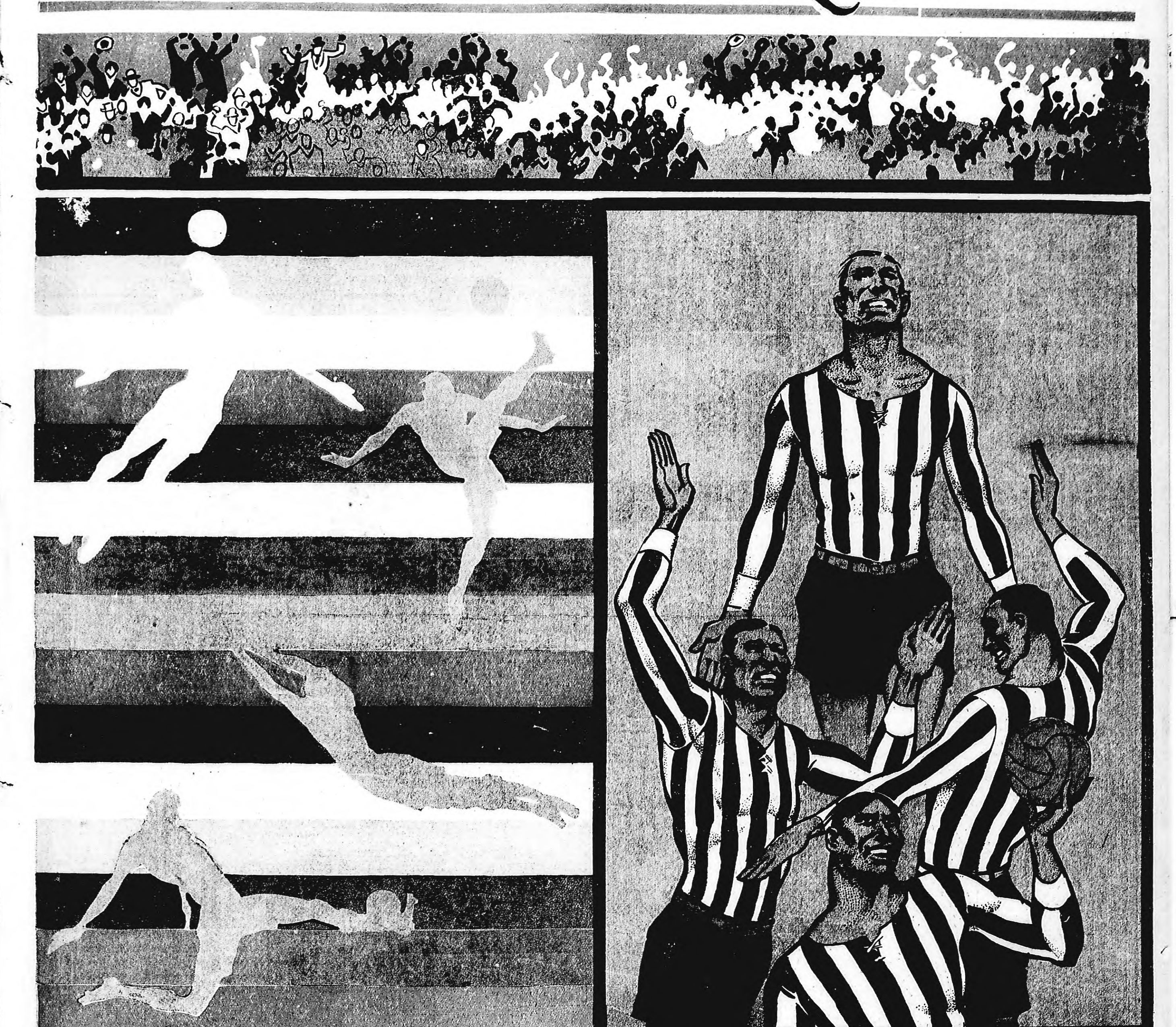
# JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado 9 Enero 1932

# CAMARADAS

De los muchos instantes conmovedores que tiene el fútbol para mi corazón propicio, escojo aquel en que los jugadores de un bando se lanzan a toda carrera a festejar al compañero que acaba de convertir en la valla adversaria un tanto para el equipo.

Apenas la pelota volandera sacude la red, en poderoso tiro que ha ganado el hueco por un ángulo, los mirones del cerco gritamos ¡Goool!..., como si el tiro hubiese venido a parar a nuestra boca, y de todos los extremos del campo corren con los brazos en cruz y la alegría en la facha sudada los muchachos del once ganancioso a felicitar al compañero triunfador.

* * *

Desde mi puesto de mirón en los tablones alabeados, yo veo a aquellos muchachos abrazarse y besarse efusivamente sobre el césped y les cobro envidia: en mi equipo de escritor, ningún compañero me tiende afectuoso los brazos cuando convierto un tanto; tampoco — y es lo que más me duele — abrazo yo a ninguno que marca un gol.

¿Son mejores personas que nosotros, escritores, los jugadores de fútbol? Malas personas somos los escritores, las más torcidas acaso, de la sociedad. Pero no hay que dar por el pito más de lo que el pito vale, y no hay que dar por la persona más de lo que la persona significa realmente. Mejores o peores personas que los futbolistas, los escritores no dejamos de besarnos efusivamente por falta de afecto sino por falta de objeto.

He aquí, efectivamente, nuestra auténtica miseria y la miseria auténtica de tantos otros entes sociales contemporáneos que, como nosotros, escritores, se han zambullido de cabeza en el liberalismo político y en la moral individualista: la miseria de nuestra arbitrariedad.

Cada uno de nosotros es un mundo distinto; empieza consigo y termina en sí. ¿Qué hacen los demás? No lo sabemos. ¿A dónde se encaminan? Tampoco. Nuestra ética es ésta: ignorar, aislarse, extraerlo todo de uno mismo. Es decir, no es ética, que significa, desde los griegos, rectitud en la eficacia; es apenas moral, que desde los latinos significa medida, convención estéril.

No puede interesarnos lo que hacen los otros; al contrario, nos estorba, puesto que es un mundo rival, como el nuestro extraído de sí mismo en cada caso. No colaboramos, no constituimos equipo. Cuando otro marca un gol, lo marca para él exclusivamente. ¿Cómo sentirnos triunfadores todos a la vez? ¿Cómo besarnos en signo de mutuo regocijo y mutua gratitud?

* * *

Los clásicos — los escritores clásicos, los artistas clásicos, los sabios clásicos, los políticos clásicos, todos los clásicos de alguna actividad humana — actuaban de modo diferente: se sentían miembros de una clase (por eso eran clásicos) y trabajaban sumersos en el fecundo principio de la solidaridad.

Cuando hoy queremos encarecer la aptitud natural, no adquirida, de alguien para un juego o para un trabajo, decimos: tiene clase. Es el pueblo vulgar, no la erudición, quien ha tenido la ocurrencia de esta expresión estimativa. Con ella no hacemos más que formular nuestro juicio según un esquema ético que nuestra conducta desdeña: llamamos clásico, hombre de clase, hombre solidario, a quien estimamos capaz, a quien en un arte perfecciona a sus antecesores, a quien en una ciencia prosigue las conquistas alcanzadas, a quien simplemente en el trato social manifiesta maneras suasivas.

El clásico es, pues, integrante de equipo; procede de todos, con todos y para todos; se beneficia del tanto que puede convertir en el misterio del mundo un compañero, y al convertir él un tanto irradia espontáneamente beneficio sobre todos los demás. Tiene un objeto en el común. Puede besar al compañero que ha vencido la resistencia adversaria, y si él vence, recibirá el beso reconocido de la camaradería. Así se besan los jugadores de fútbol al lograr un gol. Es un triunfo de todos y para todos. Aunque personalmente no se quisiesen entre sí, se besarían; están actuando como camaradas. Yo, escritor moderno, sé qué es eso y no lo tengo. Por eso los envidio desde mi puesto de mirón.

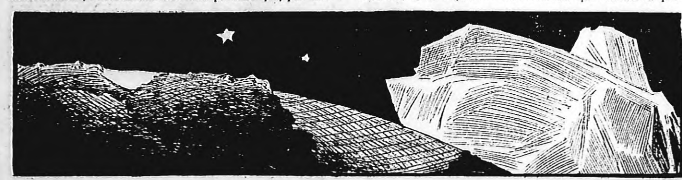
*José Gabriel*

*Ilustró Niahcer*

# El Granizo Provendría de Masas de Hielo que Flotan por los Cielos

LA generalidad de la gente cree que las lluvias, las nieves, los granizos, provienen de nubes más o menos densas que a su vez no son más que vapores del mar. Hay algo de eso, sin duda. Pero existe también una teoría de Hanns Hobirgers, llamada del "hielo cósmico", según la cual, en el espacio, fuera de la órbita terrestre, deambulan enormes bloques de hielo que, desde luego, no provendrían de la evaporación de las aguas del mar, sino de otras causas.

Un detalle, entre otros, hace presumir que esa teoría del hielo cósmico tiene fundamento. Está probado que, por disolución química, hay una constante pérdida de agua en la circulación del mar a la atmósfera y de la atmósfera a la tierra. ¿Cómo se explica, sin embargo, que a pesar de esa pérdida el agua total del planeta aumente en volumen en vez de disminuir? Unicamente por la existencia de ese hielo cósmico, que al derramarse sobre la Tierra sin provenir de ella, significaría un aporte compensador de la pérdida notada.



* * *

OTRO sabio alemán, Hanns Fischer, ha desarrollado toda una nueva meteorología sobre la teoría del hielo cósmico. Aun no está admitida en el mundo científico esta nueva meteorología, pero no por eso deja de estudiarse con atención y de suscitar interesantes sugestiones. He aquí uno de sus aspectos más curiosos, el de la explicación de las granizadas, fenómeno atmosférico que según la meteorología corriente no se comprende con toda claridad. El granizo, según Fischer, no sería más que la fragmentación múltiple de esas masas de hielo que rondan por los cielos y se desgranan, tanto sobre nuestro planeta como sobre cualquier otro.

* * *

CLARO que ocurre preguntar en seguida: pero ¿cómo andan por el cielo esas masas gigantescas de hielo y no caen enteras sobre la Tierra, sino a pedacitos? La pregunta se torna más inquietante conforme se sabe que el hielo cósmico tiene una temperatura fantástica: 273o., una frialdad casi irreductible. ¿Cómo un hielo tan condensado, por consiguiente de tan difícil liquidación, no cae en bloque sobre el planeta y nos da disgustos formidables?

Fischer explica el punto. Por lo pronto — dice — todo cuerpo que camina velozmente hacia la Tierra, a causa de la ley de atracción de los cuerpos en general, no camina verticalmente sino en espiral o vuelta de tornillo. Además, al llegar aproximadamente a 700 kilómetros de la corteza terrestre, se encuentra con las ondas superiores del mar atmosférico "que actúan sobre él como un colchón".

* * *

LA atmósfera superior de la Tierra está compuesta de hidrógeno. La resistencia que el bloque de hielo halla en ella produce rozamiento, el rozamiento origina trabajo, el trabajo calor y el calor va agrietando, destrozando y desmenuzando la gran masa, hasta convertirla en menudos pedacitos.

Estos pedacitos aparecen primeramente con las aristas de la rotura. A medida que descienden, hallando siempre resistencia en la atmósfera, van puliéndose, y así llegan a la tierra. Son el granizo que, por lo demás, pocas veces deja de ser devastador.

* * *

LAS descargas eléctricas de la atmósfera que suelen acompañar a las granizadas, las explica también Fischer. Imagínese primeramente la masa total de hielo que desciende en tornillo hacia la Tierra: tiene una superficie determinada que, si bien halla resistencia en la atmósfera, ejerce presión en la atmósfera, a su vez. Conforme la masa va fragmentándose, su superficie aumenta. En qué fantástica proporción aumenta podrá sospecharse si se tiene presente este simple dato:

Podemos dividir sucesivamente un trocito de hielo de un centímetro de arista o sea de seis centímetros cuadrados, poco más o menos como un dado de los habituales en el juego conocido. Cuando hemos hecho en él nueve divisiones, tenemos un total de seis kilómetros cuadrados de superficie, nada menos.

Piénsese ahora en la cantidad de millones de kilómetros cuadrados de superficie que adquirirá al fragmentarse un bloque de hielo del tamaño de una montaña. Esa inmensa superficie, al descender, va empujando, ante sí la atmósfera, que se atropella con la presión, se congestiona y produce los truenos.

Además, el paso de la superficie helada a través de las sucesivas capas atmosféricas produce frotamiento que por su parte produce electricidad y es el origen de las violentas descargas.

* * *

EL geógrafo español J. Dantín Cereceda expone así la teoría de Fischer: "Imaginemos que penetra en nuestro océano gaseoso una masa de hielo de 50 a 150 metros de diámetro. Por compresión de las masas gaseosas, y en virtud de frotamiento, se calienta tan rápidamente su capa exterior hasta un espesor de unos diez centímetros próximamente, que se desprende como una costra antes de que el calor tenga tiempo de penetrar más hondo en la masa gélida.

"Por repetición de proceso, sin tregua y en breve tiempo, la masa gélida primigenia casi explosivamente se pulveriza en una nube de granizos de hielo, sin que por ello se despoje del frío cósmico de que es portadora, del frío absoluto de 273o. del trasmundo misterioso y lejano de que procede. Pero el vacío que, en su caer incesante, deja tras sí la nube de granizos en que se fragmentó la primitiva, la original masa gélida, es ocupado por masas ligeras del hidrógeno del espacio en torno, y ello provoca la rotación en amplios y giróvagos remolinos de los estratos gaseosos atmosféricos. Así cada granizada tiene por fenómeno premonitorio, entre otros, la súbita aparición de impetuosas vorágines.

"La nube de granizos — continúa Dantín Cereceda — en que el bloque primitivo se ha resuelto, guardando todavía el frío cósmico y cargada en alto grado de electricidad va cayendo desde las capas superiores de hidrógeno hasta las otras más inferiores en que el oxígeno es el gas dominante".

**Dr. MULLER.**




Ya dis que viene
el Conchabador,
a llevar gente
pa Tucumán...
¿Te irás vos, Pedro?
¿Te irás vos, Juan?

Váyase alguno
de ustedes, hijos;
váyase alguno
pa Tucumán,
gane unos pesos
pa que le mande,
a mama vieja
pa yerba y pan.

Y si no salen...
¿Qué harán aquí,
en esta tierra
que nada da?
Trabajo inútil
el del rastrojo,
pa que no llueva
nunca jamás...

Y ahora que el tata
nos dejó solos,
todas las cosas
a monos van.
Con la sequía
no hubo cosecha,
y estamos pobres
a no dar más.
Váyase alguno
de ustedes, hijos,
váyase alguno
pa Tucumán;
pero no olviden
la pobre vieja,
y los changuitos
que quedarán...

(Brilla en el alma
de los Vallistas,
el espejismo
de Tucumán;
porque se dice
que allá les pagan
buenos salarios
para ahorrar...)

Pedro responde
como mayor:
—Me iré yo entonces
a trabajar...
Por si me enferme..
por si no vuelva...
pa que la cuide
que quede Juan.

Ya están prontos
para partir,
cien mozos fuertes
van a buscar
el bien que anhelar
para los suyos
en los ingenios
de Tucumán.

¡Las novias tristes!
¡Las pobres madres
Con la esperanza
se quedarán...
Blancos pañuelos
cubren los ojos,
¿por qué el destino
los llevará?

La cruel campana
dió la señal.

—¡Adiós mamita!
—¡Adiós m'hijito!
¡Dios me lo ampare
en todo lugar...
Y vuelva pronto,
a ver la madre...
que ya... no es mucho
lo que ha i durar!..

Pedro allá lejos
en tierra extraña
y trabajando
de sol a sol,
sabe de penas
que no se apartan
y hay que olvidarlas
con el alcohol...

La vida es dura,
el clima ardiente,
mísero el sueldo
que ha de quedar,
en las despensas
de los patrones,
que acro y malo
le venderán.

Lejos del pago,
cansado y pobre,
sin esperanzas
de regresar,
piensa en la madre
y así le escribe
la breve carta
que así dirá:

Madre:

"Cuando se vaya a la Iglesia
y las campanas digan tan,
acuérdese del pobre Pedro,
que lo mandó a Tucumán..."

* * ARTURO CARRANZA * *




# Una Mujer Unica en el Mundo: Milonguita

*Por RUFINO MARIN* — *Ilustración de GUIDA*

Milonguita...

No es la creación de un poeta sentimental.

Existe. Vive. Palpita. Pasa por junto a nosotros llena de insinuación y de coquetería; nos mira y a veces, pone una vibración de pecado en el ritmo audaz de su paso por el boulevard...

¿Quién es?

No tiene determinación especial.

Es la costurerita — aquella que al decir de Carriego — "dió aquel mal paso, y lo peor de todo sin necesidad"...

Es la vendedora de tienda. La popular vendedora de tienda del cuento sentimental.

Es la que se quema sus pobres ojos zarzos, bajo la homicida luz artificial, haciendo costura para el taller. ¡El taller, que pide siempre a gritos carne de pueblo débil y miserable!

Es la colegiala humilde que vuelve a su barriada, bajo las miradas glotonas de los transeúntes, y que en el fondo de su alma virgen, palpitan ya los primeros aleteos de la primavera interior...

Es la mucamita. Y la niñera, la dactilógrafa. Y la maestrita que escribe novelas y es la caudilla de su club...

¡Milonguita!

Alma de mujer. Carne de pueblo. Corazón del arrabal. Hambrienta de todos los deseos. Sedienta de todas las ternuras. Casquivana por temperamento... Te das sin entregarte. Es por eso que no sufres. Tus derrotas, son derrotas de la carne. Nada más. Pero adentro, en el fondo de ti misma, tu te ríes. De tí. De la vida...

¡En fin! Eres... Milonguita...

***El alma de Buenos Aires, está toda en Tí...***

Nadie más popular que tu y con justicia. El alma de nuestro Buenos Aires; de nuestra Buenos Aires ingenua, triste, melancólica y romántica que duerme bajo el aparente caparazón de su indiferencia fenicia y de sus vicios de Babilonia. Está en tí, como la encarnación de un "tipo" femenino de especial interés.

¿Eres mala? ¿Eres buena? ¿Quién podrá saberlo?

Quizá ni tú misma lo sabes.

Como en el tango de tu nombre, que todos cantamos por lo menos una vez, los hombres te han hecho mal. Era fácil esperarlo. El alma de las mujeres es a veces simple como la de un niño. Simple de puro complicada. Y no "todos" comprenden que las "cosas" tienen alma.

Porque tú, Milonguita adorable de ojos verdes con pintitas de oro; de ojos azules como esperanza de poeta; de ojos negros como una traición, eras para ellos como una simple "cosa"... Un juguete. Un juguete que movía los brazos y acariciabas. Que movía los labios y que decía palabras de amor, dulces y frescas y buenas como mañanas de abril...

¡Milonguita!

***Tiene alma de mariposa. Nació para darse sin medida***

Alguna vez, un desconocedor del alma de Buenos Aires, nos dijo que Milonguita era el alma femenina del "arrabal". Mentiras. Milonguita es eso, pero también es más que eso. Milonguita es el alma femenina, romántica, aventurera y loca de esta Babilonia, en cuyo vientre se mezclan todas las razas del mundo en un raro consorcio maravilloso y único.

Fríos y parcos escandinavos. Broncíneos turcos del mismo corazón de Constantinopla. Rubios germanos de la Selva Negra. Ardientes latinos de la apasionada Calabria. Pacientes celtas de la simpática baskonia...

¡Milonguita!

Has nacido para darte y para encender de deseo el corazón de los hombres que te miran...

En el "arrabal", lleno siempre de sombra protectora y misteriosa, como en el "centro", donde la policromía de las luces dan a sensación de una feria gitana, eres siempre la misma: insinuante, provocativa, suave, tentadora, llena de altivez en tu andar garboso, en el que pones un raro sello de aristocrata, que nadie sabe de dónde lo sacaste ni cómo fué que supiste descubrirlo...

¡Milonguita!

Tus nombres son todos armoniosos y dulces. Dulces como tus besos. Y así te llamas Lucy. Te llamas Diva. Te llamas Luisa. Te llamas Nacha. Te llamas Elsa. Te llamas Berta. Te llamas Rosa. Te llamas Laura. Te llamas Ida...

A veces, también tienes nombre de emperatriz y eres: María Eugenia, María Luisa, María Teresa, Carlota o Josefina...

¡Milonguita!...

Mariposa de luz, corres hacia la llama para quemarte sin remedio. Después... dices, cantando, con esa voz cristalina en donde el dolor se transparenta:

—Los hombres me han hecho mal. ¡Los hombres! ¡Los hombres! ¿Y tú?

Ah, Milonguita, cómo llenas entonces de tristeza nuestro pobre corazón de pajaritos locos...

Amiga que engañas siempre: en la hora de la cita; en la carta que escribiste, cuando en un momento raro de sinceridad, te confesabas ante el que te amaba bien, como si hubiera sido Jesús que hubiese de nuevo vuelto a la tierra para morir otra vez por los hombres malos. Y también mentiste en el beso. Y en la sonrisa. Y hasta en la lágrima.

¡Milonguita! Mujer al fin...

Buenos Aires te tiene, te quiere y te acaricia. Buenos Aires es grande. Todos los pecados de la Madre Tierra, están con él, como todos los males en la caja de Pandora. Si tu no existieras, habría que inventarte. ¿Qué haríamos sin tu triste alegría? Porque tu alegría es triste como la risa del payaso...

A veces, viéndote reir, sentada junto a nosotros, hemos estado a punto de decir:

—¡Amiga, lloremos! Lloremos juntos la tristeza de nuestras almas borrachas de luna y de... whisky...

Pero la voz se ahogaba en nuestra garganta, y tú, al vernos llenos de silencio, nos rodeabas el cuello, con tus brazos, como una víbora y nos decías al oído llena de sensualismo:

—¡Negro! ¡Un beso!

Hombres al fin — nada más que hombres — te besábamos, como enloquecidos, y, locos los dos — tú y nosotros — nos perdíamos en la maravilla triunfal de nuestros treinta años...

¡Milonguita!

Buenos Aires te necesita. Sin ti no irían a los bailes los viejos verdes, ni los adolescentes, en cuyo labio recién apunta el bozo, sedoso como piel de durazno madurado en la planta. Sin tí, los hombres grandes, casados y con hijos no renovarían los recuerdos de sus treinta años. Sin tí, los poetas, llenos siempre de visiones de feria, no encontraríamos motivos verídicos para cantar al desamor, a la deslealtad y a la traición...

¡Milonguita! Eres necesaria como el pan...

A pesar de conocer de psicología, a veces los hombres creemos en tí. ¿Cómo suponer que detrás de tu dulcedumbre mimosa, no esté todo tu corazón vacío — tu pobre corazón de pajarito loco — que nos lo ofreces entre el sollozo, entre la lágrima y hasta en tu propia entrega?

Por eso, los hombres, a pesar de conocerte, a pesar de saber que no eres más que una muñeca, que por tu solo capricho cambiarás de brazos para gustar del pecado con el poeta y con el vendedor de burros, te queremos sin quererlo y te nos adentras hasta hacernos mucho daño, cuando nos abandonas para siempre y sin remedio...

¡Milonguita!

Eres la más sabia de todas las mujeres para mentir. Eres sabia y lo haces a conciencia, porque tú sabes que en el fondo, a los hombres, como a las mujeres, nos gusta que nos mientan un poco.

Sin ti, la Duda no sería posible. Y, a pesar de lo triste, de lo desoladora y de lo horrible que es la Duda, su sabor agridulce nos place gustarlo, porque hay en ello la misma voluptuosidad de los que mastican una fruta verde y ácida...

La Duda es algo que se sabe a medias. Que se sabe y no se sabe. Algo así... a media luz, como el tango que cantas, con un sensualismo imposible de superar.

¡Milonguita!

***Entre un mundo de papeles, el Cronista exhuma dos cartas de Milonguita***

Para hilvanar promesas que ella misma sabe que no cumplirá, Milonguita es especial.

Nosotros, que por razones de este pícaro oficio, hemos visto muchas cosas en Buenos Aires lleno de vericuetos, podemos asegurarlo bajo la fe de nuestra palabra.

Y más...

Hasta nuestras manos han llegado, ¿cómo? — eso es indiferente — y las conservamos, las pruebas documentales de nuestras palabras irreverentes.

Son cartas. Cartas que en nuestras peregrinaciones por el mundillo del Pecado, algún amigo puso en nuestras manos; cartas también de algún desconocido romántico, que se allegó hasta nuestra mesa de trabajo, trayendo la pena inconsolable de su derrota sentimental entre las líneas apretadas de un cuento torpe, que en su creer, él soñaba el mojón de oro en la literatura de América...

De entre el montón de esos papelitos perfumados, llenos de promesas, hemos tomado solamente dos. El lector verá en ellos, luego de este comentario a que nos obliga nuestra misión de "croniqueur", el alma de Milonguita reflejada tan fielmente, como las aguas de los lagos tranquilos, reflejan el rostro inocente de los niños, y el vuelo caprichoso de las golondrinas...

Pero veamos las dos cartas de Milonguita.

***Dice la primera carta...***

"Amor: ¡dos días sin verte y sin embargo, no puedes imaginarte cómo y cuánto vives en mí!

El río, los árboles, la paz, la serenidad del ambiente, todo es motivo para pensar en tí.

Mi amor sereno, tiene a intervalos sus impulsos de pasión, cuando me besas, cuando me acaricias, cuando miras con esa lucecita maravillosa de tus hermosos ojos, tan llenos de vida, de inquietudes y de anhelos...

Por eso me gusta estar junto a ti, tus manos en mis manos; besándome los ojos y la frente y quedándome quietecita como una chica juiciosa, arrellenada en tu regazo haciéndome un ovillo entre tus brazos.

¿Me quieres mucho, mi amorcito? ¿Te acuerdas mucho de mí? ¿Estoy toda en tí? Con esa convicción viviré para ti.

¿Verdad, mi encantador pajarito loco?

Tu enamoradísima: Alondra"...

***Dice la segunda carta...***

"¡Amor! ¡Mi pájaro loco! ¡Poeta mío! ¡Mío! Eres mío. Bien mío. No dejaré que nadie me robe a mi poeta, mi amor y mi hombre. ¿Oyes? Ni el dolor, ni la pena, ni la angustia, ni el alma, ni la desilusión de esta tu amadísima, negarán jamás a ti. Te amparará por siempre, mi alma sedienta de ti. Porque vives en mi corazón, y allí no podrán encontrarte. Porque eres mi tesoro y te esconderé para que nadie te vea.

¿Cómo no ser avaro y egoísta? Tu eres mi Vida, y ahora. Yo quiero mi vida... A todas horas, veo tus ojos maravillosamente brujos, que se adentraron en el alma. Ellos iluminan el camino de mi vida interior antes tan vacía...

¡Te amo! Toda tuya: Alondra"...

Cualquiera creería al leer las dos cartas de Milonguita, que ésta habría de llevar su fidelidad hasta más allá de la Muerte. Pero no, Milonguita tiene alma de mariposa y su destino es ese. Caminar. Caminar! Caminar...

Hasta que un día, ya vieja y fea, los hombres no la miren siquiera...

Entonces — y recién entonces — cuando sea irremisiblemente tarde pensará en lo maravilloso que habría sido tener un hijo, que acariciara con sus manos inocentes, las arrugas de su cara, sobre la que llovieron tantos besos de amor. De deseo por lo menos...

¡Oh, Milonguita!

Eres una artista. Cuando necesitas pasear lejos y sola, en busca de nuevas aventuras, lloras un rato largas lágrimas de falsa desolación: pides doscientos pesos y... los consigues naturalmente, porque nadie en el mundo es capaz de resistir a las bellas cosas que tu sabes hacer...

***Milonguita es necesaria como el pan...***

¡Oh, Milonguita, mujer característica de nuestro Buenos Aires: antro de la canalla y de los hombres de bien: de nuestro Buenos Aires del delito, del pecado y del crimen, en donde a veces hemos sentido el deseo de ser sinvergüenzas, para ponernos a tono con los transeúntes que paseaban codeándonos...!

París, tiene sus medinettes; Madrid sus chulas; Nueva York, sus niñas bien, que fuman, beben y disputan como hombres; pero nadie en el mundo más que Buenos Aires, tiene a Milonguita...

Enorgullezcámonos de nuestro patriotismo que [illegible] todos los 25 de Mayo.

¡Oh Milonguita inconfundible! Eres necesaria como el pan.

# Apático, Ignorante, Cruel: Tal Era, Según Trotsky, el Ultimo Zar

(De la "Historia de la revolución rusa", por León Trotzky, que acaba de aparecer)

A Nicolás II le dejaron los antepasados, no sólo un poderoso imperio, sino también la revolución. No le adornaron con una sola cualidad que le capacitase para gobernar no ya un imperio, sino ni siquiera una provincia ni un mal municipio. A aquella marejada histórica que empujaba sus olas poco a poco hasta las puertas de su palacio, oponía el último Romanof una sorda impasibilidad: tal parecía como si entre su conciencia y la época en que vivía se alzara un velo transparente y sin embargo absolutamente impenetrable.

## FALTA DE DISCERNIMIENTO

LAS personas que tenían ocasión de tratar de cerca al monarca recordaron más de una vez, después de la revolución, que en los momentos más trágicos de su reinado, al sobrevenir la rendición de Puerto Arturo y la pérdida de la escuadra en Zusima, como diez años después, durante la retirada de las tropas rusas en Galicia, y dos años más tarde, en los días que precedieron a la abdicación, cuando todos los que rodeaban al Zar estaban abatidos, abrumados y estremecidos, sólo él daba muestras de sangre fría. Se informaba como de costumbre del número de verstas recorridas en sus viajes a lo largo de Rusia; recordaba episodios de sus cacerías y anécdotas sacadas de las entrevistas oficiales y, mientras retumbaba el trueno y ya centellaba el rayo sobre su cabeza, aquel hombre seguía interesándose por las barreduras de su vida cotidiana.

"¿Qué es esto?, se preguntaba uno de los generales de su intimidad. —¿Una entereza inmensa, casi inverosímil, conseguida a fuerza de disciplina? ¿Fe en la determinación divina de los acontecimientos? ¿O, simplemente, falta de discernimiento?" Ya el solo hecho de preguntarlo lleva implícita a medias la respuesta. Aquella proverbial "buena educación" del Zar, la fuerza con que sabía mostrarse dueño de sí mismo aun en las circunstancias más difíciles, no puede explicarse, en modo alguno, por obra exclusivamente de un amaestramiento en el modo de conducirse, sino que tenía que radicar en su carácter indiferente, en la indigencia de sus fuerzas anímicas, en la pobreza de sus impulsos volitivos. Esa máscara de indiferencia que en ciertos medios llaman "educación", se fundía en Nicolás II con su rostro natural.

## EL GRAN TESTIMONIO

EL diario del Zar vale por todos los testimonios: días tras días, año tras año, van registrándose en estas páginas las notas más anonadadoras de su vacuidad espiritual: "He paseado un largo trecho y matado dos cuervos. He tomado té al obscurecer." Paseo a pie, paseo en lancha. Más cuervos y más té. Todo lindando con la pura fisiología. Y cuando habla de ceremonias religiosas, lo hace en el mismo tono que cuando registra un festín.

Por los días que preceden a la apertura de la Duma nacional, cuando todo el país se siente estremecido por convulsiones, Nicolás II escribe: "14 de abril. Me he paseado con camisa-blusa ligera y he reanudado los paseos en lancha. He tomado el té en la terraza. Stana ha comido y paseado con nosotros. He leído." Ni una palabra acerca de lo que leyó: lo mismo podía ser una novela inglesa que un informe del Departamento de Policía. "15 de abril. Le he aceptado la dimisión a Witte. Han comido con nosotros Mary y Dimitri. Los hemos acompañado al palacio."

## EN DIAS TRAGICOS

EL día en que se decretó la disolución de la Duma, cuando lo mismo los altos dignatarios oficiales que los liberales estaban pasando por un paroxismo de pánico, el Zar escribía en su diario: "7 de julio, viernes. He estado muy ocupado toda la mañana. Llegamos con media hora de retraso al almuerzo con los oficiales... Había tormenta y el aire era sofocante. Paseamos juntos. He recibido a Goremykin ¡y firmado el úkase disolviendo la Duma! Hemos comido con Olga y Petia. Por la tarde, lectura." Toda su emoción ante la disolución inminente de la Duma queda expresada, y gracias, con un signo de admiración.

Los diputados de la Duma disuelta hicieron un llamamiento al pueblo para que no pagase los impuestos y se negase a hacer el servicio militar. Estallaron una serie de sublevaciones militares: en Sveaborg, en Cronstadt, en varios buques de guerra, en diferentes regimientos; reanudóse en proporciones jamás conocidas el terrorismo revolucionario contra las altas autoridades. El Zar escribe en su diario: "9 de julio. Domingo. ¡Ya está hecho! Hoy ha quedado disuelta la Duma. Durante el almuerzo, después de la misa, veíanse muchas caras largas... El tiempo era magnífico. Durante el paseo nos encontramos al viejo Micha, que llegó ayer de Gachina. Antes de comer y durante toda la tarde, me dediqué a leer tranquilamente. Un paseo en canoa..." Nos dice que se paseó y precisamente en canoa; en cambio, no siente la necesidad de concretar lo que leyó. Y así, una vez y otra, y otra.

## PASEOS, BAÑOS DE MAR...

SEGUIMOS copiando de las hojas de aquellos días preñados de incertidumbre: "14 de julio. Después de vestirme me fuí en bicicleta al balneario y me bañé con deleite en el mar." "15 de julio. Me he bañado dos veces. Hacía mucho calor. He comido sólo con mi mujer. La tormenta ha pasado." "19 de julio. Me he bañado por la mañana. He recibido visitas en la granja. El tío Vladimir y Tchagin almorzaron con nosotros." Las sublevaciones, los atentados terroristas sólo le sugieren una ligerísima consideración: "¡bonitas cosas!", que asombra por su baja impasibilidad, y rayaría en el cinismo si fuese consciente.

"A las 9.30 de la mañana nos trasladamos al regimiento del Caspio... He paseado durante largo rato. El tiempo era espléndido. Me he bañado en el mar. Después del té, recibí a Lvoy y Gutchkov." Y no dice ni una palabra de que aquella entrevista tan desusada de los dos liberales, se relacionaba con los planes de Stolypin para atraer a su Gabinete a los políticos de la oposición. El príncipe Lvov, futuro presidente del gobierno provisional, dijo refiriéndose a esta visita: "Cuando esperaba ver al monarca abatido por el infortunio, ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con que me salía al encuentro un hombrecillo alegre y desahogado con una blusa de color frambuesa!"

## FATALISTA PASIVO

EL horizonte mental del Zar no llegaba más allá del de un modesto funcionario de policía, con la diferencia de que éste, pese a todo, conocía mejor la realidad y no vivía atosigado por la superstición. El único periódico que durante muchos años leyó Nicolás II y del que nutría sus ideas, era un semanario editado con fondos oficiales por el príncipe Metchersky, hombre ruín y venal a quien despreciaban hasta en la misma pandilla de burócratas reaccionarios a que pertenecía. Por delante del Zar cruzaron dos guerras y dos revoluciones, sin que estos acontecimientos dejasen la menor huella en su horizonte mental: entre su conciencia y los acontecimientos se alzaba constantemente el velo impenetrable de la indiferencia.

De Nicolás II se decía, no sin razón, que era un fatalista. Conviene, sin embargo, advertir que este fatalismo era todo lo contrario de la fe activa en su "estrella". Nicolás II se tenía por un hombre de mala suerte. Su fatalismo no era más que una manera de defenderse pasivamente del proceso histórico y se daba la mano con un despotismo mezquino en sus motivos psicológicos, pero monstruoso en sus consecuencias.

"Lo quiero yo y así tiene que ser". "Esta divisa — escribe el conde de Witte — se manifestaba en todos los actos de aquel gobernante débil de voluntad, a quien su debilidad llevó a todo lo que caracteriza su reinado: un derramamiento constante y, en la mayor parte de los casos, absolutamente innecesario, de sangre, más o menos inocente..."

## PEOR QUE PABLO

ALGUNA vez se ha comparado a Nicolás II con el Zar Pablo, aquel antepasado suyo medio loco, estrangulado por la camarilla, de acuerdo con su propio hijo, Alejandro el "bendito". Y no deja de haber, en efecto, entre estos dos Romanof, cierta afinidad: la de su desconfianza hacia todo el mundo, nacida de la falta de confianza en sí propios; la suspicacia de la nulidad omnipotente; el sentimiento del que se cree despreciado por todos, casi podría uno decir que su conciencia de parias coronados. Pero el Zar Pablo era incomparablemente más pintoresco. En su locura había un elemento de imaginación, aunque fuera irresponsable. En su descendiente, todo era gris, sin un solo destello.

## SOLO LOS DE SU TALLA

NICOLAS II no era sólo inconstante, sino que era también perjuro. Sus aduladores le llamaban "charmeur", un hombre encantador, por la dulzura con que trataba a los palaciegos. Pero es el caso que el Zar se mostraba especialmente amable con aquellos dignatarios a quienes había decidido despachar: cuando el ministro, encantado y fuera de sí por la amabilidad con que el Zar le había recibido, volvía a casa, se encontraba muchas veces con una carta notificándole la destitución. Era una especie de jugada con que el monarca quería vengarse, sin duda, de su insignificancia.

Nicolás II no podía ver a ningún hombre de talento. No, se sentía a gusto más que entre las nulidades y los deficientes mentales, junto a los santurrones y personas endebles, a quienes él pudiese mirar de arriba a abajo. Tenía su orgullo, pero no era un orgullo activo y refinado, sino indolente, sin un átomo de iniciativa propia y cuyo móvil era un sentimiento de envidia puesto siempre en guardia. Elegía a sus ministros ateniéndose al principio de dejarse resbalar cada vez más abajo. A los hombres de talento y de carácter sólo acudía en los casos extremos, cuando no tenía más remedio, como se hace con el cirujano, que sólo se le llama cuando se trata de salvar la vida. Así sucedió primero con Witte y luego con Stolypin. El Zar los trataba a ambos con hostilidad mal disimulada. Y apenas vencía el foco agudo de la situación, se apresuraba a desembarazarse de unos consejeros que estaban demasiado por encima de él. Y tan sistemática y radical era esta selección al revés, que el presidente de la última Duma, Rodzianko, se atrevió a decir al Zar, el 7 de enero de 1917, cuando la revolución llamaba ya a las puertas: "Señor, a vuestro alrededor no ha quedado un solo hombre honrado ni digno de confianza: los mejores han sido alejados o se han ido, quedándose tan sólo los que gozan de dudosa reputación."

## ¿EMBRUJADO?

TODOS los esfuerzos de la burguesía liberal para entenderse con Palacio eran fallidos. El incansable y camorrista Rodzianko intentaba sacudir la modorra del Zar con sus informes. Pero ¡todo inútil! El Zar pasaba por alto los argumentos e incluso las insolencias, preparando en silencio la disolución de la Duma. El Gran Duque Dimitri, antiguo favorito del Zar y futuro copartícipe en el asesinato de Rasputín, se lamentaba, con su cómplice el príncipe Yusupov, de que el Zar demostraba cada día más indiferencia ante cuanto le rodeaba. Dimitri se inclinaba a creer que le habían dado al monarca algún brevaje para adormecerle. Por su parte, el historiador Miliukov escribe: "Corrían rumores de que este estado de apatía mental y moral provenía del abuso del alcohol." Invenciones todo o exageraciones. El Zar no tenía necesidad de recurrir a narcóticos, pues llevaba en la sangre el "bebedizo" fatal. Lo que ocurre es que sus efectos tenían que suscitar por fuerza asombro en instantes como aquellos en que se estaban desarrollando los grandes acontecimientos de la guerra y en que la crisis interna del país iba fraguando la revolución. Rasputín, que era un buen psicólogo, solía decir lacónicamente cuando hablaba del Zar: "Le falta un tornillo."

## SU SERENA CRUELDAD

AQUEL monstruo coronado sentíase atraído con toda el alma por la hez de la sociedad, por aquellos matones de las "centenas negras", y no sólo les pagaba espléndidamente sus servicios de las arcas del Estado, sino que gustaba de conversar afectuosamente con ellos, oyéndoles relatar sus hazañas y perdonándoles piadosamente cuando remataban a algún diputado de la oposición. Witte, que subió al poder en pleno período represivo de la primera revolución, escribe en sus memorias: "Cuando las noticias de las hazañas insensatamente crueles perpetradas por los cabecillas de esas bandas llegaban a oídos del Zar, merecían indefectiblemente su aprobación y encontraban en él defensa."

Despachando una reclamación del general-gobernador de los países bálticos, pidiendo que se llamase la atención de cierto capitán, Richter, que "ha ejecutado por iniciativa propia, sin previa formación de causa, a personas que no habían opuesto resistencia alguna", el Zar estampó al margen del informe: "¡bravo muchacho!" Estímulos de estos nos los encontramos a montones. Aquel hombre "encantador", abúlico, sin aspiraciones, sin imaginación, era más terrible que todos los tiranos de la historia antigua y moderna.

(En el próximo número publicaremos el retrato de la Zarina, también debido a la hábil pluma del creador del Ejército Rojo).

---

Adaptación de una novela holandesa de Pieter Van der Meer

# El Marido le Pidió que Antes de Irse con el Amante le Cosiese Unos Botones

SENTADA junto a la ventana, Mina cosía a la pálida luz de un atardecer otoñal. Tras ella, los muebles, tranquilos y silenciosos como seres discretos y taciturnos, parecían contemplarla bondadosamente. Sobre la chimenea, entre cuadros relucientes, un pequeño reloj lanzaba infatigable su seco tic-tac, midiendo el tiempo que transcurría con lentitud.

Mina detuvo un instante la costura y miró hacia afuera con sus ojos claros, de una tristeza indefinible. Por el canal, bordeado de altos olmos, pasó una barca, deslizándose silenciosa, como en sueños.

La luz crepuscular se desvanecía, una ligera neblina se levantaba al otro lado del canal, sobre las amplias praderas donde las mansas vacas pastaban apaciblemente la yerba húmeda.

A la derecha, un molino de viento tenía inmóviles sus aspas.

Todo se recogía en aquel soledad inmensa.

Mina había llegado a aquel lugar al día siguiente de su casamiento, una tarde de verano. Los prados se doraban a la luz del sol poniente; el cielo estaba intensamente azul; en el canal, frente a la casita de postigos verdes y rojos, fulgía un charco de oro. Era la imagen de su sueño de recién casada.

Pero aquella tarde otoñal no se acordaba del día dichoso. Pensaba: "Es la última vez que estoy aquí, sentada a la ventana donde he cosido casi diariamente durante los nueve años silenciosos de mi matrimonio."

Y cada vez que le volvía a la mente este pensamiento, todo le parecía extraño y como si lo viese a la luz vaga de un sueño. Había tomado la resolución de decirle aquella misma noche a su marido, que se iba con el otro; pero eso le parecía aún muy lejano y realmente tenía miedo de que llegase el momento decisivo.

El crepúsculo avanzaba. Sonó una campana en la vecindad. Mina se levantó, atravesó la habitación en sombra y fué a la cocina, cuya ventanita daba a un jardín.

Prendió la luz y se dispuso a preparar la cena. Poco después, llegó su marido. Ella no pensaba ya verdaderamente en lo que había determinado hacer: preparaba la comida meticulosamente, como de costumbre. Sin embargo, experimentaba una indefinible sensación de soledad.

Se acercó a la ventana, miró a través de los vidrios y luego retornó a limpiar las legumbres.

Tenía veinte años cuando se casó. ¿Porqué se había casado precisamente con Gerrit y no con otro? No lo sabía. Nada tenía que reprochar en concreto a su marido: era un empleado modelo y un hombre de su hogar; no se exaltaba nunca ni profería expresiones violentas: siempre estaba del mismo humor. Pero tampoco tenía para con ella atenciones de amante.

Vivían, pues, en mutua indiferencia. Sentados a la misma mesa, en la misma habitación, compartiendo el mismo lecho, los separaba, sin embargo, un abismo. No podía decirse que fuesen desdichados; pero no eran dichosos.

En eso ocurrió un día que el marido llevó a casa a un amigo. Era un joven locuaz. Se sentaban él y Gerrit a la mesa, encendían sus pipas y jugaban a las cartas. Mina cosía a su lado.

El visitante fué adueñándose del corazón de Mina. Una noche, retrasado por causa de sus ocupaciones el marido, los enamorados pudieron sincerarse mutuamente. Desde entonces, ella no pensó más que en sincerarse también con Gerrit, decirle que ya no podía vivir con él e irse con el amigo.

En eso estaba aquella tarde. Sirvió la cena y comieron. Gerrit leyó mientras comía. Ni una sola vez dirigió la palabra a su mujer. Ella, muda, pensaba: "No sé nada de él. ¡Me ha hablado tan pocas veces! He olvidado hasta el sonido de su voz. Y ahora mismo voy a decirle de sopetón..."

Terminada la modesta cena, Gerrit pasó a la sala, a continuar la lectura del diario, del que no perdonaba ni los avisos. Mina volvió a la cocina; lavó los platos, hizo la limpieza general y, antes de apagar la luz, lanzó una tierna mirada en torno.

Al atravesar el dormitorio se detuvo junto al lecho desde donde podía ver a Gerrit que, con la pipa en una mano y el diario en otra, bajo la luz, leía atentamente. Luego, tomó su ropa de calle, se acercó al marido, respiró profundamente y dijo:

—Gerrit, me voy. No puedo vivir más contigo. Esto no es vida. Es para volverse loca, es para morir. ¿Acaso no soy yo un ser viviente? Me voy, ¿lo oyes?, me voy.

Su voz se cortó bruscamente; pero no se movió. Se quedó esperando.

Gerrit había puesto el diario sobre la mesa y, encima, la pipa. Se derramó algo de ceniza. Con voz calmosa, como si nada de aquello le tocase, el hombre respondió:

—¿Qué es lo que dices? ¿Qué quieres irte?... Bueno, pero... ¿y yo? ¿Qué voy a hacer yo?

Se calló un instante, y, con la mirada inexpresiva, perdida en la contemplación de la llama de la lámpara, frunció ligeramente las cejas. En seguida, continuó: —¿Quiéres irte?—Y súbitamente: —Sé muy bien adónde vas... Te vas con el otro, con Polman...

Mina permanecía en pie y, a pesar suyo, escuchaba atentamente, por más que había decidido de antemano vestirse y salir en seguida de haberle manifestado su resolución. Pero ¡era algo tan raro escuchar su voz!

—¿Y yo? ¿Cómo voy a vivir yo?... Yo había visto venir todo esto con Polman.

Su mano derecha jugaba con la larga pipa, de suerte que la ceniza seguía cayendo sobre el diario. Maquinalmente la juntó en un montoncito.

Gerrit parecía no saber qué decir, y para Mina era casi angustioso ver a aquel hombre, del que ella no conocía más que el silencio, haciendo esfuerzos por expresarse.

—Polman no es malo... tiene muy buen corazón... lo hemos tratado muy bien en nuestra casa...

Después se calló. La situación oprimía tan horriblemente a Mina, que sólo con un supremo esfuerzo de su voluntad pudo dominar los sollozos que pugnaban en su garganta. ¡Qué hombre aquél! ¿Era un idiota? Ella habría querido estallar en gritos, en llanto.

De pronto Gerrit se levantó, tomado del borde de la mesa; su pálida cara de empleado de comercio se tornó roja de cólera.

—¡Te vas! — clamaba con vehemencia su voz — ¡Me dejas solo! ¡Me abandonas! Bueno, y ¿qué haces de todos estos años, de estos nueve años que hemos vivido juntos? ¿No es nada, eso? ¿Sabes bien lo que haces?

Se irguió ante ella. Inmediatamente la fiereza de Mina se inflamó, sintió más fuerte que nunca su resolución y no tuvo miedo alguno de aquella actitud amenazadora. Las rudas manos de Gerrit la tomaron por los brazos, y él la tuvo así, sacudiéndola, mientras su mirada se clavaba en ella y su boca profería:

—Entonces ¿te vas de aquí ahora mismo para encontrarte con Polman? No ignorarás que puedo impedírtelo. No puedes abandonar la casa si yo no quiero. Pero lo consiento. — Su cólera había cedido — Me es indiferente... Vete; déjame solo; pero sábelo bien, Mina: eres mi mujer y lo serás siempre. Nunca te devolveré tu libertad.

Después de unos instantes añadió, sin comprender él mismo la significación de sus palabras:

—Hay lazos que te unen a mí, a esta casa, a todas estas cosas... Pero vete, vete pronto. En realidad, no me importa, me es absolutamente indiferente.

Mina se vistió apresuradamente, pero, ya próxima a abrir la puerta, vaciló y, volviéndose a Gerrit, dijo secamente:

—Mañana o pasado mañana vendré a buscar mi ropa y todo lo mío.

—Está bien, está bien — respondió Gerrit, gesticulando vagamente.

Oyó los pasos de Mina en el corredor; ella abrió la puerta, después la cerró tras sí con un portazo que resonó en el silencio de la noche. Sus pasos se alejaron rápidamente. Gerrit no oyó más nada.

* * *

ALGUNOS días más tarde, Mina volvió a la casa, cuya llave se había guardado, para buscar los vestidos y todos los demás objetos de su pertenencia. Ante la puerta esperaba Polman, acompañado por un changador con un carrito de mano.

Mina atravesó el corredor enlosado de mosaicos rojos y blancos. En la percha había colgados un sombrero suyo y un saco del marido.

Entró primero en el dormitorio. El cuarto tenía un aspecto lúgubre y de lugar desierto, como si desde hacía tiempo no hubiese andado allí nadie. La cama no estaba hecha; ropa blanca sucia y trozos de papel andaban por el suelo; sobre la mesa había en desorden platos y tazas sucios en torno de la cafetera y de un pan empezado.

Echó una mirada a la otra habitación: en la chimenea, el relojito no marchaba.

Una emoción indecible la embargaba. Empezó máquinalmente a ponerlo todo en orden. Hizo primeramente la cama, barrió el piso y la alfombra. Luego, se puso a arreglar la otra pieza, olvidándose completamente de que su amigo la esperaba a la puerta.

De pronto advirtió sobre la mesita un papel. Se acercó, lo tomó y vió que tenía unas palabras escritas. Sentóse lentamente, teniendo el papel en una mano, posando la otra sobre un chaleco que había también en la mesa. Luego, sus ojos extraviados leyeron:

"Mina, antes de irte definitivamente, ¿quieres coserme estos dos botones en el chaleco? Están en el bolsillo de la derecha. Gracias. — Gerrit". Y nada más.

Durante largo rato tuvo este papel en su mano, leyó y releyó de un extremo al otro las mismas palabras. ¿Qué sentía?... De sus ojos brotaron lágrimas; escondió su cara en sus manos y lloró.

En esta actitud la halló Polman. Al verla llorar, no comprendió nada; tuvo temor de algo; pero cuando hubo leído el papelito, la miró nuevamente y no pudo pronunciar ninguna palabra.

Todo el semblante de Polman expresaba un inmenso dolor. Le tendió la mano y le dió en la frente su primer beso. Luego, dejó la habitación y la casa. Mina lo oyó irse. Le parecía que con él se alejaba la vida. Se sintió desfallecer.

Estaba sola en la casita. Ya no lloraba. Volvió a poner el papel y el chaleco sobre la mesa y empezó a asear la sala.

Cuando eso estuvo listo y todas las cosas nuevamente en su sitio, después de haber visitado la cocina y mirado con ojos tiernos las cacerolas, la hornilla, la mesa, la lamparita y los tiestos en la ventana, volvió al dormitorio, tomó el chaleco y los botones, se aproximó a su lugar habitual junto a la ventana y se sentó.

Primeramente, permaneció quieta, dejando correr sus lágrimas. Oía el tic-tac del relojito que había puesto de nuevo en marcha.

En el agua del canal se reflejaba la espléndida luz del sol poniente. Las pocas hojas de los altos olmos parecían de oro. Todo era puro y estaba sereno en los aires. La mirada de Mina erró por las praderas, donde, en una atmósfera diáfana, las vacas pastaban la yerba apaciblemente; luego se posó en la lejanía brumosa del horizonte.

Pasó un barco que venía del lado de la ciudad. Su gran silueta, deslizándose lentamente y sin ruido entre las riberas verdes, interceptó por un rato la luz del sol que, hacia la derecha, descendía imperceptiblemente, para morir, en nubes inflamadas.

Mina miró sin ver. El inmenso vacío de su corazón no tenía ni lágrimas.

El cuadrado de luz dorada que el sol proyectaba en la pared de la habitación, ante ella, se estrechó, quedó convertido en una línea, desapareció.

Luego, Mina, suspiró resignada y cosió cuidadosamente, uno tras otro, los botones en el chaleco de su marido, como se lo había pedido él.

# Creaciones de Dubarry

JABONES FINOS DE TOCADOR ELABORADOS EN SU PROPIA FABRICA CON LAS MISMAS MAQUINAS Y EL MISMO MOLDE

## 1928

la pastilla de 115 gramos

**0.50**




El más fino de los jabones finos

**Desde Noviembre de 1928 lo usan las personas de gusto refinado por su fino perfume y porque tiene la fórmula al "Benjuí de Dubarry", que rejuvenece el cutis**

**Muy indicado para el cutis delicado de los bebés.**

## 1930

la pastilla de 115 gramos

**0.35**

LE SANCY

El más barato de los jabones finos

Es el único jabón perfumado con el Bouquet de Lavanda de Dubarry que "Huele a Limpio" Usándolo diariamente otorga al cutis un tono "Blanco Mate" distinguido

## 1931




la pastilla de 115 gramos

**0.25**

FLOR DE NIEVE

El jabón de tocador para todos los bolsillos

Perfumado con el "Muguet de Dubarry"
Pasta de primera calidad y que por su reducido precio es el jabón para usarse sin limitación alguna.

L.S.5
Est. Rivadavia
Lunes, Miércoles y Viernes
de 21.30 a 22.30 hs.
Transmite la
"Hora Selecta"
de
Dubarry

